

---

## LA ATENUACION DE LA LEPROA

(Tomado de *La Voz de Job*. número 4, Diciembre 1904).

Es un hecho singular, que nos ha llamado mucho la atención, el contraste entre la lepra, como existió en los tiempos pasados, según las relaciones de diversos autores, y la misma como se ofrece actualmente a nuestra consideración en Colombia. Se ha observado que las epidemias se presentan más graves en los primeros casos que en los últimos; que a medida que van avanzando en duración, van al mismo tiempo perdiendo en intensidad, hasta que al fin se extinguen o se atenuan de tal modo, que no causan inquietud. En las endemias es más difícil de observar este fenómeno, pero se cumple igualmente en algunas, como en la leprosis y en la sífilis; en la tuberculosis no se nota lo mismo: forma esta infección una excepción, pues cada día sus estragos son mayores, en proporción de su difusión por el mundo.

Respecto de la lepra, basta recordar la espeluznante descripción que de ella, en la Edad Media, trae doña Emilia Pardo Bazán en su libro: *San Francisco de Asís*, o el horripilante cuadro que traza el doctor Ricardo de la Parra, en *La elephantiasis de los griegos*, para convencernos de que, aun prescindiendo de lo fantástico y exagerado de estas relaciones, la lepra actual, a lo menos como la conocemos en Colombia, no corresponde a tales descripciones. Veamos un parrafito del doctor de la Parra:

“Aquí los jóvenes son ancianos y los niños son viejos decrepitos. La una mejilla arracimada de tubérculos o hinchada como un odre y la otra devorada por el cáncer ebúrneo, los párpados entumecidos y vueltos al revés y los ojos rodeados de un carcinoma rojo, les dan a éstos el *vultus horridus* que estremece de espanto. Una inercia soporosa, una postración insondable aniquila toda sensación y todo movimiento en éstos, y no les dejan sino la conciencia de su miseria y degradación, con la idea del anatema que les hiere, y un resto de actividad para arrastrarse en la podredumbre. Una horrible caries desune todas las articulaciones y provoca la caída de los miembros que se desprenden a trozos; las falanges de los dedos se les sacuden desprendidas en

andrajos y los dientes brotan de los alvéolos. El esfacelo por fin se apodera de todos ellos. . . . a éste se le cayeron los dedos de pies y manos; a aquél se le cayeron las manos enteras; las uñas encartuchadas se desprenden por decenas y dejan manando de los dedos una sangre pútrida que no se restaña. Si estos de aquí, al uno se le cayó el antebrazo, al otro se le desprendieron ambos brazos desde el hombro; en aquellos los brazos desde el hombro y los muslos desde la cadera, tienden a zafarseles de cuajo, y no quedarán sino troncos inmóviles. Unos de esos troncos hablan; dementes o enloquecidos otros, aspiran a cantar en su delirio, y su voz es a veces como el rugido del león, o el silbido de la serpiente o el eco cavernoso de una tumba. Pero ved aquella escena nefaria: son unos troncos de esos que antes eran hombres y que ahora meros trozos de carne podrida, están sin embargo poseídos del *lívido inesplebilis*. . . . pero que devorados de la gazuza insaciable, querrían comerse sus brazos podridos...!” ¡Horror!

Nada de todo esto se observa aquí en los enfermos de lepra: no hay miembros desprendidos de cuajo—ni sería esto compatible con la vida—no hay escenas nefarias ni de gazuza insaciable; las falanges no pasan de algunas mutilaciones de los dedos y de los artejos, y rara vez llegan a los metacarpianos y metatarsianos; las úlceras destruyen a veces grandes porciones musculares, pero no afectan en general los huesos, y las lesiones terciarias, como la nefritis, la hepatitis y otras, reducen a los enfermos al mismo estado a que les conducen las lesiones análogas de la tuberculosis y la sífilis, causando la muerte sin rugidos, silbidos ni ecos cavernosos. La más grave de las lesiones leprosas, la laringitis, ahoga simplemente a los pacientes, como lo hace la difteria con las falsas membranas.

Estos cuadros terroríficos y fantásticos, en su mayor parte, son los que han conducido a mirar a los leprosos como a seres distintos de sus semejantes, desprovistos de sentimientos morales, sometidos a las furias infernales y entregados irremisiblemente a perecer en medio de los más atroces sufrimientos. Tiempo es ya de que se empiece a abandonar tan errónea y fatal creencia.

La lepra no es más que una enfermedad, como otra cualquiera, menos contagiosa que la tuberculosis y la sífilis, menos dolorosa y mortífera que el cáncer; el horror que inspira es nacido de preocupaciones infundadas, de ideas estrafalarias, incompatibles con los conocimientos médicos y con los sentimientos humanitarios. Los grabados,

las ilustraciones y las fotografías que hemos visto de los leprosos de otros tiempos y de los de otros países, nos hacen ver que aquí la lepra se ofrece con caracteres menos graves que en otras partes. Y esto no es ilusión nuestra, como pudiera creerse, pues tenemos un testimonio que abona nuestra aseveración. El doctor Arning, de Hamburgo, al examinar una docena de fotografías de leprosos colombianos que donámos al Museo de Antropología de Berlín, llegó hasta dudar que realmente representaran leprosos, y nos manifestó su sorpresa de encontrar esas formas tan atenuadas en un país que por allá se dice devastado por la lepra. Si esa es la lepra en Colombia—nos dijo—¿por qué se alarman y a qué conduce tanta exageración? Y téngase en cuenta que el doctor Arning conoce mucho la lepra, porque estuvo estudiándola en las islas Sandwich mucho tiempo, y fue él quien inoculó a Kenaw, el sentenciado a muerte, que no fue el doctor Arning el inoculado como lo leímos en cierto folleto publicado aquí.

En los numerosos enfermos que hemos examinado, no hemos encontrado, sino excepcionalmente, lesiones graves; en la generalidad la enfermedad se presenta relativamente benigna, y de evolución tan lenta que casi puede decirse que permanece estacionaria. Conocemos varios casos de enfermos que fueron tratados hace diez años por la seroterapia, y que están hoy casi como estaban entonces; la enfermedad no se ha desarrollado más en ellos y viven como sanos: las manchas borradas o casi invisibles, las úlceras cicatrizadas, sin mutilaciones; algunos conservan las placas anestésicas que tuvieron, pero no les han aparecido nuevas; los tubérculos no volvieron a presentarse. Como se ha asegurado que la seroterapia no modifica la lepra en sus caracteres clínicos ni en su evolución, debemos suponer que estos casos son debidos simplemente a la atenuación *espontánea*, ya que no se acepta la influencia de la medicación.

Hay, además, otro hecho muy notable de atenuación de la lepra, que no hemos visto mencionado por ningún autor, pero que lo hemos observado repetidas veces; hecho que más bien pudiéramos calificar de inmunización que de atenuación, y es el siguiente: cuando en un matrimonio uno de los cónyuges es leproso y el otro sano, ya sea el hombre, ya la mujer, cosa tan común que casi forma la regla general, los hijos de tal matrimonio resultan inmunizados hasta cierto punto, de tal manera que sólo ofrecen signos equívocos y tan tenues de la enfermedad que pasan por sanos. Ligeras erupciones cutáneas, semejantes al prúrigo de Hebra, unas veces, a ciertas formas erisipe-

latosas, otras, cierta disociación de la sensibilidad que les hace apreciar mal impresiones sensitivas, ora por fenómenos disestésicos, ora por el contrario, por marcada hiperestesia en algunos puntos del tegumento cutáneo, por dolores neurálgicos o reumatoides, por cierta coloración lívido amoratada de toda la piel o de algunas regiones—de preferencia las que invade la enfermedad en los sujetos que no están inmunizados—por la caída de las cejas hacia la extremidad externa, etc., y nada más. El examen bacteriológico de estos individuos revela la presencia del bacilo de Hansen en la linfa periférica, y, sin embargo, la enfermedad no pasa de las antedichas manifestaciones, no avanza, no adquiere desarrollo proporcional a lo que sucede en los sujetos que no están inmunizados, se queda abortada, frustránea, atenuada. Debemos advertir, sin embargo, que esto no sucede siempre, pues hemos conocido varios hijos de leprosos que son ellos mismos de leprosos; la lepra es enfermedad de familia, no en el sentido de que sea hereditaria, sino en el de que, cuando en una familia hay un leproso, los otros miembros de esa misma familia están más expuestos que los extraños a contaminarse, y de ahí la constancia de la lepra en presentarse en ciertas familias y la atenuación que por el mismo hecho adquieren la mayor parte de sus miembros.

JUAN DE D. CARRASQUILLA L.

Diciembre de 1904.

